

Decidir sobrevivir en pareja tras la muerte de un hijo. Diferentes parejas, diferentes viajes

García Hernández, Alfonso Miguel

Doctor en Antropología (ULL)

Director académico del Master Universitario en Cuidados al Final de la Vida (ULL).

Profesor titular de la Universidad de La Laguna.

Muchas veces he salido a caminar presa de un estado de alteración o enfado: por un disgusto, por el tedio o por la confusión. Y me he ido triste y descorazonado, pero nunca he regresado igual.

No conozco a nadie cuyo estado de ánimo no mejore después de una caminata solitaria o compartida de intra e intersubjetividad. Caminar sólo o con alguien que nos ame es el mejor remedio para el mal viaje, el mal humor y la depresión.

Resumen

Este artículo explora a través de las historias narrativas de un grupo de 20 madres y padres, que perdieron a sus hijos, en Tenerife (Canarias - España), mediante un acercamiento a la investigación hermenéutica fenomenológica, de corte cualitativo a través de las historias que ordenan y resignifican sus vidas en pareja a lo largo del tiempo, desde el análisis de sus discursos narrativos, obtenidos mediante el empleo de entrevistas y la observación participante de padres y madres miembros de grupos de duelo, y la experiencia personal expresada del duelo. Contrastados a la luz de las experiencias nuevas, desde el sentimiento de la adquisición de nuevos valores y la construcción de nuevos significados “que su hijo” propició en ellos y que se refuerzan con el paso de tiempo, y suponen un reto en la construcción de la imagen de sí mismos y de la pareja.

García Hernández, AM. *Decidir sobrevivir en pareja tras la muerte de un hijo. Diferentes parejas, diferentes viajes.* ENE. Revista de Enfermería. Dic. 2012; 6(3).

Palabras clave

Pérdida, duelo, padres, grupo de duelo.

Summary

This paper explores through narrative stories of a group of 20 parents who lost their children, in Tenerife (Canary Islands - Spain), by an approach to research, hermeneutic phenomenological qualitative cutting deepens as stories sorted and redefine their lives as a couple over time, by analyzing their narratives, obtained through the use of interviews and individual and group intervention of parents grieving group members, work and lived experience of grief. Contrasting it with the experiences new, from the feeling of the acquisition of new values and the construction of new meanings "that his son" led them reinforced with the passage of time, and that challenge in building the image of themselves and the partner.

Keywords

grief; mourning; parents; bereavement group.

Introducción

Nuestra experiencia personal y profesional ha posibilitado acceder al mundo íntimo, largo, doloroso y silencioso encarnado en los relatos de los padres que perdieron hijos, al que el presente estudio pretende dar voz en lo que respecta a las relaciones parentales. Entrar en sus mundos, nos ha permitido desentrañar algunas cuestiones relativas a dichas relaciones de pareja. Por ello hemos empleado un método de investigación hermenéutico¹ fenomenológico²,

¹ Heidegger (2000) y Gadamer (1990, 2002) definieron la hermenéutica como la autocomprensión, la cual no sería otra cosa que la comprensión del propio ser como ser en el mundo. Para Ricoeur (1976), la

acercándonos a madres y padres en duelo por las muertes de sus hijos a través de sus historias que ordenan y resignifican sus vidas en pareja a lo largo del tiempo, desde el análisis de sus discursos narrativos, obtenidos mediante el empleo de entrevistas y la observación participante de ellos en el seno de sus parejas y como miembros de grupos de duelo, espacios que les permiten expresar la experiencia de duelo.

Padres y madres preguntan diferentes cuestiones a lo largo de su proceso de duelo³ tras la muerte de un hijo, pero una pregunta habitual que se realizan es si ellos llevan el duelo igual o mejor que otros padres en la misma situación.

Lo cierto es que las personas en duelo viven dicho proceso y el dolor que

Hermenéutica Semiológica, tiene un interés igualmente ontológico, como el de Heidegger y Gadamer, sin renunciar al espíritu cartesiano. Orientado a la comprensión del yo, sigue el largo camino del análisis de las zonas simbólicas producidas por el hombre: sueños, mitos, ritos, metáforas, etc. Refiriendo Ricoeur cómo el lenguaje simbólico es multívoco y, como tal, lo más opuesto al lenguaje unívoco de las ciencias, de modo que sólo a través de análisis semiológicos muy detallados de dicho lenguaje podemos llegar a saber lo que somos.

² La fenomenología es la filosofía de la experiencia a partir de la cual el mundo recibe un sentido.

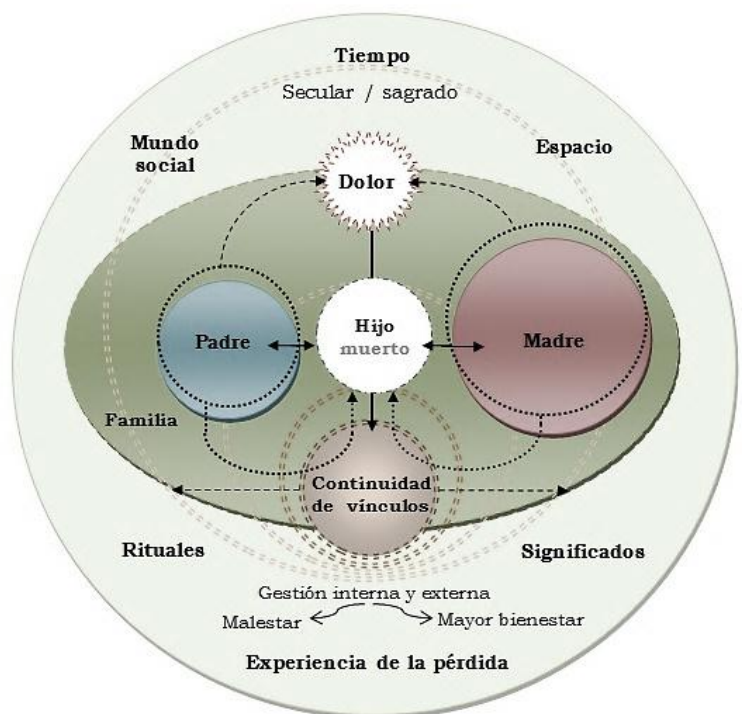
³ Entendemos el duelo *no como un estado*, sino como *un proceso* a lo largo del cual quienes lo viven experimentan reacciones psicológicas, conductuales, sociales y físicas ante la percepción de una pérdida (Rando, 1993; Attig, 1996). Es dolor, es aflicción, es miedo, es rabia, es un conglomerado de emociones que deben ser entendidas como señales del esfuerzo realizado por dar significado (Neimeyer y Stewart, 2006; Neimeyer, 1997, 1998). El duelo *no es estático*, pues a lo largo del tiempo la persona que lo vive experimenta cambios: oscilaciones del humor, sensación de bienestar o malestar.

supone el mismo de manera diferente y cuando compartimos encuentros con madres y padres en duelo vemos como los miembros de las parejas, a lo largo del proceso, no se entristecen de igual manera, pues son diferentes en su biología, personalidad, en el rol de padres, en las responsabilidades que han asumido, en la relación que tenían con su hijo fallecido, en las experiencias de vida aunque hayan sido compartidas. Todas estas cuestiones y muchas más nos diferencian pero además lo que claramente nos diferencia, a los hombres, a las mujeres, a las parejas y a los individuos, es que diferimos en la forma en que construimos los significados que damos a la vida y a la muerte de los hijos y a como condicionan estos acontecimientos sus vidas.

No decimos nada nuevo cuando comentamos que no hay un único camino mediante el cual las parejas lo hacen bien, como compañeros del viaje de la vida. No hay ninguna fórmula, ninguna serie de pasos seguros que garanticen un buen resultado en estos itinerarios personales y familiares, pues cada pareja parte de una historia de vida individual y de pareja que se inicia en un lugar y que se continúa hasta un nuevo lugar, de manera que los modos y estrategias de hacer frente y entender este recorrido son variados, en función de los diferentes recursos disponibles y el entendimiento de los “problemas” por resolver, que nos acercan historias diferentes - que incluyen las diferentes experiencias que los padres han tenido previas a la muerte de su hijos y las historias de otras pérdidas y muertes -. También los valores y las personalidades son diferentes, de modo que esto hace que el camino del duelo sea un camino lleno de descubrimientos, un viaje

único e irrepetible. Cobrando gran valor los discursos de los padres, el entendimiento de la continuidad de vínculos de ellos con sus hijos fallecidos y la creación de significados.

Figura 1. Esquema conceptual dinámico de las dimensiones implicadas en la experiencia de la pérdida de los padres, y en la elaboración de significados (Alfonso García, 2010).



El duelo de los padres a menudo presenta dificultades para comprender el retraimiento emocional, aunque si pensamos en la reubicación del hijo, tras su fallecimiento entonces la tarea de los padres afligidos consiste en ser capaces de desarrollar algún tipo de relación permanente con los pensamientos y recuerdos que se asocian con su hijo, de manera que les permita continuar con sus vidas después de la pérdida.

El futuro simbólico de los padres en duelo y la continuidad de vínculos entre padres e hijos se corresponde en

el presente, a su pasado simbólico con el que guarda una estricta analogía, y al futuro que podemos denominar “profético”. Donde el futuro del que hablan los padres se comporta más como un hecho empírico que como una tarea ética y religiosa. Una predicción que desean se transforme en profecía, profecía que no significa simplemente predicción, sino promesa. Su futuro ideal significa la negación del mundo empírico, “el fin de los tiempos”, pero contiene, al mismo tiempo, la esperanza y la seguridad de un nuevo ciclo y de una nueva tierra. De modo que los padres, tal como los profetas, se atreven a acceder más allá de los límites de la existencia finita.

“¿Cómo vamos nosotros a fallarles?” (Romeo, 2012).

La continuidad de lazos con el hijo da consuelo y ayuda a dar una visión duradera del mundo, de modo que la construcción y mantenimiento de estos lazos “interiores” y “exteriores” sirven de cura para el individuo y la comunidad y les permiten no sólo aceptar la muerte y asumirla, sino más aún, ordenarla, integrarla a su sistema cultural al ubicarla, como a sus hijos, en todas partes. Esto no deja de ser la mejor manera de dominarla, imitarla ritualmente en la iniciación, y trascenderla gracias a un juego apropiado y complejo de símbolos personales (Field y otros, 2005; Klass, 2006).

“Tengo la sensación constante de que siguen existiendo y están conmigo, similar a la de un brazo amputado, “semejante al conocimiento y conciencia que el hombre guarda de sí mismo” y es este

tipo de conciencia la que tengo de su existencia” (Luis, 2007).

“Mi hijo sigue estando conmigo en lo que hago, en los consejos que me daba” (Concha, 2009).

“Si mi hijo abre un ojo y me ve derrotado dice: Vaya mierda de padre que tengo. Él está aquí. Mi hijo es una sombrita que llevaré toda mi vida conmigo, de día y de noche y no dejaré que se convierta en una noche oscura. Yo tengo que sonreír porque mi hijo siempre estaba sonriendo” (Romeo, 2012).

“Quiero seguir teniendo la esperanza de que cuando muera vuelva a ver a mi hija” (Jesica, 2012).

La dinámica generada entre los miembros de los grupos de duelo posibilita los vínculos entre padres y madres, y de cada uno de ellos con su hijo fallecido, que aumenta al incluir lazos con los otros hijos fallecidos. De este modo, el proceso de reconstrucción de las vidas de madres y padres, tras la muerte de sus hijos, es una conversación real entre el dolor por la muerte del hijo y los lazos que les mantienen unidos a él. Una red compleja de elementos simbólicos de profundo significado.

Donde la explicitación de las emociones no implica sólo una afirmación sobre el estado interno de las personas, sino también una afirmación sobre las relaciones que las vinculan con acontecimientos, relaciones y comportamientos

sociales, y que potencian y posibilitan la manifestación o no de las mismas.

Tal como refiere Bruner (2006): *Por ambiguo o polisémico que sea nuestro discurso, seguimos siendo capaces de llevar nuestros significados al dominio público y negociarlos en él. Es decir, vivimos públicamente mediante significados públicos y mediante procedimientos de interpretación y negociación compartidos. La interpretación, por "densa" que llegue a ser, debe ser públicamente accesible, o la cultura caerá en la desorganización y sus miembros individuales con ella* (p. 32).

El centrarnos en relatos que atañen a hombres y mujeres que viven el proceso de duelo, nos ayuda a explicitar no sólo en qué consiste el proceso sino también las emociones y corporalidades que incorpora, dando cuenta tanto de las formas en que se desarrolla el proceso, como el control y recuperación del mismo, y en el sentido de: resistirse, vivirlo ambivalentemente, negociarlo o aceptarlo.

Hablar y ser escuchado, el primer paso a la comprensión

Las pérdidas se extienden más allá de la pareja y su relación con la salud de la familia y de sus miembros, afectando directa e indirectamente a la relación conyugal. De hecho, distintas investigaciones sugieren que, mientras algunas relaciones sobreviven e incluso se refuerzan por la tragedia, otras se deterioran y sufren daños irreparables, teniendo un efecto devastador en la intimidad conyugal (Gottlieb y otros, 1996; De Vries, 1997). La localización de los efectos positivos y negativos en relación con los padres y hermanos son un intento de mostrar cómo la

sensibilidad de la situación produce un cóctel de hostilidad y armonía en la familia, que hace que cada miembro busque lo que Giddens denomina "un nuevo reordenamiento de la propia narrativa"⁴ (Giddens, 1991, p. 244).

En la mayoría de las ocasiones el duelo, en los estadios iniciales, ocasiona un gasto excesivo de energía en los padres, lo que hace que sea más difícil para ellos hablar o escuchar y, bloquea o debilita muchas de las cosas que las parejas comparten habitualmente y que son las que hacen que su matrimonio funcione. Los padres nos cuentan entonces que la relación matrimonial no es lo que era antes de que el niño muriese. Al mismo tiempo, sin embargo, la muerte crea intensas emociones,

⁴ El término narrativa es equívoco, es más claro utilizar "significado de las narrativas" o "análisis del discurso", referido a que alguien habló o escribió presentaciones (Polkinghorne, 1988; Brown y Yule, 1993). A menudo este reduccionismo del término no evita toda la ambigüedad, sin embargo "narrativa" puede referirse al proceso de hacer una historia, ya sea desde el esquema cognitivo de la misma o centrándose en el resultado del proceso.

Bajo la denominación análisis del discurso (García, 2010, p. 75) se agrupa una serie de técnicas de interpretación de textos, orales y escritos, referidas a un buen número de campos disciplinares que polarizan actualmente una desusada atención académica, en la que las narrativas no son atributos anormales de la producción verbal, sino los elementos predominantes y centrales de las vidas de la gente. Por ello la importancia del análisis del discurso, ya que es fundamental para el lenguaje humano como conducta social. Cuando dejamos hablar de sus vidas a la gente, construye narrativas (Polkinghorne, 1988; García, 2010) y las ciencias e investigaciones sociales no pueden ignorar las narrativas de las personas pues están en el centro de lo que la gente tiene que decir acerca de lo que es importante para ellos, ya que cualquier acontecimiento social está "tocado" por el lenguaje.

nuevos comportamientos y necesidades y la combinación de estas nuevas necesidades y de la incapacidad por parte de alguno de los miembros de la pareja de proporcionar el apoyo que antes se vivía como normal conduce a algunos padres a sentir que tienen problemas maritales. Incluso puede darse el caso que algunos de los miembros de la pareja exija más al otro de lo que venía siendo habitual o de lo que puede ofrecer -más cuidado, más atención y más ayuda- haciendo mucho más difícil a uno de los padres el prestarle apoyo al otro.

En lo relativo a las formas de comunicación se da, en ocasiones, un cambio en la expresión o en la actitud de uno de los miembros de la pareja que hace que el otro considere que lleva mal el duelo: porque no lo expresa, porque guarda silencio, porque llora a escondidas, o sencillamente porque su cónyuge no entiende el modo de lamentar la pérdida, o sencillamente porque dicha forma de expresión le hace sentirse incómodo. Razón que hace más aconsejable hablar dichas cuestiones y no postergarlas en el seno de la pareja, ya que posponer dichas diferencias que molestan, tarde o temprano conducen al conflicto, al convertirse las mismas pasado el tiempo, en una cuña que separa a sus miembros pues los ubica en lugares distintos y distantes.

La historia conjunta de la pareja también puede hacer vulnerable a los padres tras la muerte de su hijo. Si han vivido juntos durante años con reproches o intensa rabia el uno por el otro, se sienten heridos, o tienen problemas de comunicación casi a diario en su relación, lo cual hace que sea aun más dura la situación. O por el hecho de que haya dudas frecuentes

acerca de su relación, pues la misma no posibilita una base sólida sobre la que trabajar juntos tras la muerte de su hijo. Y no hablamos de estas disputas comunes en muchas parejas que refuerzan la relación, sino de la presencia de ira o la frustración en la relación que suma dificultades día tras día y que hacen que se viva la misma como una pesada carga que se suma al dolor por la muerte del hijo.

Comunicación parental

El duelo puede hacer que uno de los miembros de la pareja se comporte de forma menos paciente, más desagradable e irritable, y con tendencia a la ira. Es común que alguno de los padres en duelo actúe de esta manera, pero es difícil de llevar para la pareja el que se convierta en una conducta habitual, sobre todo cuando uno de los miembros estalla con facilidad y con más frecuencia que en el pasado, incluso por cuestiones intrascendentes o sin importancia.

“Él tiene rabia a como hablo yo, a cómo me comporto. (...) Ya mi hijo se fue, se acabó y yo le estoy reprochando como me siento yo. Lo hago sentir culpable y le reprocho de que él no esté ahí. Él no entiende la realidad de la vida, no me entiende a mí. No entiende lo que es una familia. (...)

Y si te cae mal lo que digo, pues jódete” (Salud, 2012).

“De la mínima enseguida se pone enfadado y levanta la voz, o le da una patada a la pared y se marcha...” (Jesica, 2012).

“Estoy más arisca. Estoy enfadada con la vida” (Luz, 2012).

Dándose cuenta la pareja, que en muchas de las ocasiones las discusiones poco tienen que ver con lo que parece, sino que en realidad tienen que ver con cuestiones relacionadas con el hijo fallecido. Debiendo los padres conciliar el proceso de duelo con el cambio en el sistema de comunicación parental que suma dificultades al proceso.

“Yo la comprendo y la entiendo y trato por todos los medios de estar con ella (...) Tengo acciones que son bruscas, consecuencia de acciones que me molestan. A veces tengo bajones, estoy incomodo conmigo y reacciono mal” (Elio, 2012).

No somos ajenos al comentario habitual en nuestra sociedad de que, ante la muerte de un hijo las familias corren más riesgo de desestructurarse material y simbólicamente como unidad, a consecuencia de que los vínculos sufren un claro contratiempo, una prueba de fuego cuando el dolor hace acto de presencia. Pero la gran mayoría de las parejas que hemos tenido el placer de conocer y con quienes hemos compartido estos fragmentos importantes de sus vidas, no tienen problemas serios de pareja después de la muerte de sus hijos, al margen de los ocasionados por la pérdida de su hijo, lo cual no quiere decir que el proceso del duelo se lleve a cabo sin un esfuerzo y un trabajo por parte de ellos en torno a sus emociones, sus conductas y sus discursos. Es cierto también, que los hay que incluso años después, siguen luchando por construir una relación agradable con su pareja, en la que ambos se encuentren conectados, aunque conocemos muchas parejas con este

tipo de relación y motivaciones que no han perdido hijos.

Una relación más profunda. A modo de conclusión

Muchas de las parejas que pierden hijos, desarrollan una relación más profunda y cercana a lo largo del proceso de duelo, y aunque es un proceso plagado de retos para la pareja, creemos que el proceso compartido les une en lugar de alejarles, fundamentalmente cuando el duelo es vivido como una posibilidad para el redescubrimiento del otro, en un mundo nuevo y diferente, cargado de pasado, de presente y de futuro en el que el hijo ausente y el hijo muerto pueden regresar al mundo de los vivos a través de las palabras de los padres y de sus seres queridos, mediado por imágenes, por representaciones u otros estímulos.

También, desde nuestra experiencia, consideramos que todos los individuos tienen suficientes recursos para afrontar las situaciones difíciles en las que movilizar sus capacidades que buscan resolver su dolor y resignificar los vínculos. Mediante un trabajo que realizan en cinco grandes áreas: 1. Adaptarse a una nueva realidad, 2. Asegurar al resto de miembros de la familia e hijos los cuidados y educación que requieren, 3. Cuidarse psíquicamente, individual y grupalmente, 4. Entender como evolucionan con el paso del tiempo y 5. Incorporar y transmitir la historia para las futuras generaciones de manera natural, elaborada de modo que forme parte de la historia personal, familiar y cultural, transmitida de manera resiliente y no traumática.

Por otra parte los grupos de duelo y los encuentros informales entre

padres y familiares propician el mantenimiento de conversaciones sobre la vida del hijo, el morir y su muerte y, aunque en ocasiones, no son fáciles de llevar, sobre todo con el paso del tiempo, por los sentimientos que evocan y la presión social y familiar que en sobrados casos buscan “se borre” el recuerdo por miedo al dolor que suscita. Pero la rememoración de dichas historias y la inclusión de nuevos elementos o perspectivas hacen acto de aparición en los miembros de la pareja, incluso décadas después de la muerte del hijo, así como nuevos sentimientos y pensamientos. Como si la historia siempre pudiese seguir creciendo y de hecho pudiese ser modificada y mejorada con el paso del tiempo, configurando una historia mejor y más duradera. Una historia de amor que no termina nunca y que puede hacer recorrer miles de kilómetros a los padres con tal de encontrar respuestas a preguntas que siguen en el aire, para rememorar a su ser querido o para visitar un lugar que él quiso conocer y que ahora lo hace a través de sus seres queridos.

“Estas navidades iremos a Nueva York, pues es un viaje que teníamos pendiente de realizar con él” (Maria, 2012).

Vivimos en una sociedad cada vez más globalizada, que se vuelca en el individualismo y la racionalidad, y en la que las creencias culturales y religiosas siguen ocupando un papel importante en las vidas de los individuos. Por ello que dicho mundo de las creencias y la espiritualidad, aunque haya quedado al margen de las investigaciones médicas y psicológicas en lo referido al entendimiento de la muerte y el duelo, son de vital importancia pues nos cuestionan existencialmente y nos

generan preguntas que demandan respuestas que implican un posicionamiento ante nosotros mismos y el mundo. Abriendo un campo importante de estudio y un mundo al que los padres en duelo deben encontrar de nuevo sentido, y poder conservar o recobrar de nuevo la esperanza.

Las creencias, como elemento nuclear constituyen un lugar importante y central del mundo simbólico de los padres y aunque semejan ser incuestionables e inmutables, cuando los individuos se ven expuestos a acontecimientos traumáticos en sus vidas, tal como los padres que pierden hijos, estas presuposiciones que pueden ser ilusorias pueden ir a más e incluso, en última instancia, verse cuestionadas. A lo largo del presente estudio nos hemos encontrado con situaciones en las que alguno de los miembros de la pareja niega la pérdida a fin de proteger su mundo interno de la fragmentación, o bien se permite una cierta reorganización a fin de integrar la experiencia incorporándola a unas nuevas estructuras de significado más amplias. Es en este proceso de recuperación de esta fragmentación vital en el que la persona que lo experimenta y de un modo general podríamos decir que se vuelve más triste, pero más “sabia”.

Somos conscientes de que algunas familias gestionan sus sentimientos en torno a la muerte de un hijo aislando los hechos que rodearon la pérdida, por lo que en ocasiones hijos posteriores desconocen esos fragmentos importantes de la historia familiar. Pudiendo encontrarnos con la paradoja de que con los años, a pesar de que los padres no hablan del hermano muerto, la conciencia de él siempre se encuentra en el fondo de

su mente y de muchas de sus acciones.

Soñar, recordar, hablar con otros acerca de los fallecidos, seguir el ejemplo del difunto, pensar y desarrollar acciones para ayudar a los difuntos, son formas de continuidad de vínculos entre los padres y sus hijos que están entrelazadas en el proceso de duelo de los padres y que están influenciadas por la familia, la cultura y la religión e inevitablemente condicionan las decisiones de los miembros de la familia y la pareja. Los miembros expresan un enlace permanente a través del cual siguen el ejemplo de los fallecidos, a fin de que estos se sientan orgullosos o felices (Hussein y Oyebode, 2009).

“Sueño con él, y todos los días antes de acostarme platico con él. Antes de dormirme los recibo a los dos (a mi marido y mi hijo fallecidos) y les hago lo que a ellos les gustaba. Llegan en la noche, yo los siento donde yo quiero (Estoy consciente de que ellos no están, pero no quiero renunciar a ello). Y cuando me voy de viaje les digo -hagan maletas que nos vamos-. Eso forma parte de mi mundo íntimo” (María Esther, 2010).

Así que el verdadero trabajo de duelo, considerado desde el punto de vista psichistórico⁵, no significa en

⁵ La Psichistoria se apoya en el fundamento de que las leyes de las estadísticas aplicadas a grandes grupos de personas podrían predecir el flujo general de los acontecimientos futuros. Seligman, para su aplicación del CAVE (método para determinar la pauta explicativa sin acudir a la aplicación de cuestionarios basándose en entrevistas, artículos, conferencias, diarios...) que se basa en fundamentos psichistóricos, refiere que hay un autor de novelas que influyó mucho

principio otra cosa que el esfuerzo de los supervivientes por colocar a sus muertos en un círculo de proximidad y paz ampliado, sacándolos del ámbito de proximidad y alianza más íntimo. Todo, desde el esfuerzo psíquico es un compromiso que se encuentra a caballo entre la preocupación por la separación definitiva de los muertos y el deseo de mantenerlos en otra forma de proximidad, pero en un “allí” en una burbuja mayor que abarca presentes y ausentes y en un proceso que tiene como horizonte el sentido compartido de querer vivirlo en pareja.

El cómo se mueven padres y madres en el duelo habla de la complejidad de los mismos y de sus relaciones, en los que la cotidianeidad y el mundo psíquico y social se mezclan con las representaciones del hijo (Klass, 1996, p. 203; Cacciatore y otros, 2008, pp. 351-372; García, 2012, pp. 17-20), y somos protagonistas de cómo los padres los integran y cómo participan de la organización social, donde las narrativas que conforman un aspecto importante se comportan a modo de ventana que les ayuda a entenderse mejor entre sí y abrirse a sus mundos.

Referencias bibliográficas

en él: “Un autor, dejó en mí una marca incluso más profunda que Freud: Isaac Asimov, el prolífico escritor de ciencia - ficción, novelista y visionario que “En su insuperable trilogía de la Fundación - recuerdo haberla leído en un adolescente arrebatado de entusiasmo en sólo treinta horas- Asimov inventa un gran héroe para todos los chicos intelectuales y afectados por el acné. Hari Seldon es el científico creador de la psichistoria con el fin de predecir el futuro... ¡Demonios! -pensó el impresionable adolescente -. ¡Predecir el futuro valiéndose de principios psicológicos!” (García-Vega, 2010, p. 30).

1. Attig, T. (1996). *How we grieve. Relearning the world*. Oxford: Oxford University Press.
2. Bonanno, G.; Boerner, K.; Wortman, C.B. (2008). *Trajectories of grieving*. En M. S. Stroebe, R. O. Hansson, W. Stroebe y H. Schut (Eds.), *Handbook of bereavement research and practice*, pp. 287-307. Washington, DC: American Psychological Association.
3. Bowlby, J. (1998). *El apego y la pérdida I*. Barcelona: Paidós.
4. Brown, G., Yule, G. (1993). *Análisis del discurso*. Madrid: Visor Libros.
5. Bruner, J. ([1990] 2006). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial.
6. Bryant, C. D. (Ed.) (2003). *Handbook of Death & Dying*. London, New Delhi: Sage Publication.
7. Davies, B., Spinetta, J., Martinson, I., Kulenkamp, E. (1986). Manifestations of levels of functioning in grieving families. *Journal of Family Issues*, 7, 297-313.
8. De Vries, B., Davis, C.G., Wortman, C.B., Lehman, D. R. (1997). Long-term psychological and somatic consequences of later life parental bereavement. *Omega*, 35, pp. 97-117.
9. Field, N. P.; Gao, B. I.; Paderna, L. (2005). Continuing bonds in bereavement: An attachment theory based perspective. *Death studies*, 29, 277-299.
10. Gadamer, H. G. (1990). *El giro hermenéutico*. Madrid: Cátedra.
11. Gadamer, H. G. (2002). *Verdad y Método II*. Salamanca: Sígueme.
12. García, A. M. (2007). *Duelo y significados*. En W. Astudillo, A. Ispizua, A. Orbegozo (Eds.), *Acompañamiento en el duelo y Medicina Paliativa*, pp. 117-134. San Sebastián: Sociedad Vasca de Cuidados Paliativos.
13. García, A. M. (2007). *La pérdida de un hijo y la búsqueda de significado: Reescribiendo historias de pérdida y de dolor*. En W. Astudillo, A. Ispizua, A. Orbegozo (Eds.), *Acompañamiento en el duelo y Medicina Paliativa*, pp. 133-156. San Sebastián: Sociedad Vasca de Cuidados Paliativos.
14. García, A. M. (2008). Continuidad de lazos entre madres y padres y sus hijos fallecidos. Experiencia con padres participantes en un grupo de duelo. *Revista de Enfermería ENE*, 3, 34-44.
15. García, A. M. (2010). *Vivir el duelo. La experiencia de perder un hijo*. Tenerife: Ediciones Idea.
16. García, A. M. (2011). El duelo: afrontamiento de las pérdidas en Cuidados paliativos. En García A. (Coord.) *Enfermería en cuidados paliativos*, pp. 35-48. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces.
17. García, A. M. (2011). Repertorios de objetos evocadores de recuerdos en padres y madres que perdieron hijos. *Revista Atlántida*, 3, 35-51. Tenerife: Universidad de la Laguna.
18. García, A. M. (2012). *El duelo. Un espacio intermedio de aprendizaje en la vida*. España: Editor Bubok Publishing S. L.
19. García, A. M. (2012). *La pérdida y el duelo. Una experiencia compartida*. España: Editor Bubok Publishing S. L.
20. García, A. M.; Rodríguez, M. (2007). En torno al duelo y sus significados. *Tánato's. Revista de la Sociedad Española e Internacional de Tanatología*, 10, 14-22.
21. García-Vega, L. (2010). *Análisis psicohistórico de la obra de Martin E. P. Seligman*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
22. Giddens, A. (1991). *Modernity and self-identity*. Cambridge: Polity Press.
23. Gottlieb, L. N., Lang, A., Amsel, R. (1996). The long-term effects of grief on marital intimacy following an infant's death. *Omega*, 33, pp. 1-19.
24. Heidegger, M. (2000). *Los problemas fundamentales de la fenomenología*. Madrid: Trotta.
25. Hussein, H.; Oyebode, J. R. (2009). Influences of religion and culture on continuing bonds in a sample of British Muslims of Pakistani origin. *Death Studies*, 33(10), 890-912.

26. Klass, D. (2006). Continuing conversation about continuing bonds. *Death Studies*, 30(9), 843-858.
27. Neimeyer, R. A. (1997). Meaning reconstruction and the experience of chronic loss. En K. J. Doka y J. Davidson (Eds.). *Living with grief: When illness is prolonged*. Washington, D.C.: Hospice Foundation of America.
28. Neimeyer, R. A. (1998). *Lessons of loss: A guide to coping*. New York: McGraw-Hill.
29. Neimeyer, R.A., Stewart, A.E.(2006). Trauma, healing, and the narrative emplotment of loss. *Families in Society*, 77, pp. 360-375.
30. Polkinghorne, D. E. (1988). *Narrative knowing and the human sciences*. Albany: State University of New York Press.
31. Rando, T. A.(1993). *Treatment of complicated mourning*. Champaign, IL: Research Press.
32. Riches, G., Dawson, P. (1996). Making stories and taking stories: methodological reflections on researching grief and marital tension following the death of a child. *British Journal of Guidance and Counselling*, 24, 357-365.
33. Ricoeur, P. (1976). *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, 3 volúmenes: I. Hermenéutica y psicoanálisis, II. Hermenéutica y estructuralismo, III. Introducción a la simbólica del mal. Buenos Aires: Asociación Editorial La Aurora.